

LA PINTURA HISPANOAMERICANA



"Tarde de Otoño", cuadro original de A. Valenzuela Llanos

EL PAISAJISTA CHILENO VALENZUELA LLANOS

No son únicamente los argentinos, con su lógica supremacía numérica de cultivadores de las bellas artes, los que procuran ponerse en contacto con los artistas españoles. También de las otras repúblicas hispanoamericanas (no iberoamericanas y menos todavía latinoamericanas, como han inventado de una parte el esnobismo antipatriótico y de otra parte la rapacidad de países sin tradición, arraigo, ni consanguinidad con Hispanoamérica, la América de origen español) van acudiendo artistas formados estéticamente, que no vienen a solicitar el prestigio de que ya disfrutaban, sino el reconocimiento de sus méritos indudables.

Este es el caso del paisajista chileno Valenzuela Llanos, que expuso a fines de Abril en el Museo de Arte Moderno, antes del escultor argentino José Fioravanti.

Cuidó de esta Exposición, en lo referente a selección de obras, instalación de las mismas y prestándole su legítima autoridad, Fernando Alvarez de Sotomayor, director del Museo Nacional del Prado, que conoce de antiguo la obra de Valenzuela Llanos por haber dirigido también la Escuela de Bellas Artes de Santiago de Chile, donde actualmente es profesor el notable paisajista.

Valenzuela Llanos no puede ocultar su filiación francesa. Fáciles son de descubrir en su obra las huellas de los maestros postimpresionistas cronológicamente, pero no técnicamente; es decir, de los pintores de aire libre que buscaban, por encima de Monet, Sisley, Pissarro, etc.—sin desaprovechar del todo algunas de sus conquistas cromáticas—el

contacto con los paisajes de otrora en una dulce y romántica saudade que entorna los párpados frente al luminismo violento, soñando con las plácidas evocaciones de Barbizón.

Francia ha sabido comprender esa filiación del paisajista chileno y recompensarle con medallas y títulos en sus Sociedades artísticas.

En España era desconocido y por lo tanto debemos al Sr. Alvarez de Sotomayor esta grata revelación de su pintura.

Los cuadros de Valenzuela Llanos tienen esa distinción personal y ese encanto seguro que no se perciben a flor de mirada. Tarda en entregarse a la contemplación y exige que ésta no se detenga en los linderos del juicio frívolo.

Para ese juicio frívolo, para esa aplicación de normas de última hora, la pintura de Valenzuela Llanos no dice nada o lo dice con tan tímido acento que apenas si se le entiende.

Van de unos lienzos a otros, prescindiendo de sus fechas respectivas, la misma sencillez de temas y de manera, igual desdén por las luminarias atraerentes y los malabarismos técnicos. Son trozos de naturaleza, estados de día, interpretados con el lenguaje claro y sobrio de un campesino, no con el metafórico de un poeta.

En los paisajes de Valenzuela Llanos todo está ungido de verdad humilde, a ras de tierra; la verdad cotidiana, sin engalanar, con su vestimenta de diario y su estilo sin fantasías. ¿Pero es deleznable y sin interés una tal sinceridad pictórica?

De ningún modo. Las miradas sucesivas, la contemplación, limpia de recuerdos y de fórmulas que debe suceder a la frívola o prejuiciable de la primera vez, va logrando interesarnos por estos paisajes de la distinción personal y del encanto sencillo.

El artista con su paleta reducida—le bastan ocre, sienas, grises, malvas y un vago, polvoriento azul—, con su correcta sabiduría de los medios tonos, es en cierto modo como un narrador de la escuela stendhaliana, sin llegar al detallismo cargante y soporífero del soporífero y cargante Marcel Proust.

El pintor no avanza en bruscos saltos, no se rectifica por un afán repentino de evolucionar; no siente la comezón de simular facultades ante el triunfo ajeno con elementos que no le son afines. Va lentamente, seguramente, narrando su visión de la naturaleza, que le circunda y de cuya esencia está nutrida su esencia física y su sensorio.

De este modo acaso Valenzuela Llanos acabará por eliminar el francesismo inicial de los comienzos y será el intérprete concreto de su país.

Podrá decir como el macedonio Parmenon de su túnica simbólica:

«Mi pequeña túnica me basta. Vivo entre las flores de las Musas y no he de ser esclavo de la mesa abastada, ni de la insensata riqueza que amamanta a los parásitos, ni he de permanecer en pie acechando una mirada benévola: mi pequeño y frugal desayuno con mi libertad me basta.»

SILVIO LAGO